



DON IGNACIO ALDAMA

Los primeros caudillos, á su paso por las diversas poblaciones que invadían, iban engrosando sus filas con elementos de toda clase, entre los que no faltaban hombres inteligentes á quienes causaba sorpresa y simpatía la revolución, ó que de antemano estaban filiados en la conspiración y veían llegada la hora de empezar á realizar sus aspiraciones.

Uno de estos últimos fué el abogado Don Ignacio Aldama, hermano del Capitán del Regimiento de la Reina, que había tomado parte en las juntas de San Miguel y que estaba en la creencia de que el movimiento estallaría el 10. de Octubre; se sorprendió por lo tanto, al ver entrar, la noche del 16 de Septiembre, á los cinco mil hombres que ya formaban el ejército de Hidalgo, y al saber que éste estaba pronunciado. Al día siguiente presidió á la Junta que el Generalísimo citó, y en ella quedó Don Ignacio investido de los mandos político y militar de la población. Con tal carácter empezó á dictar las providencias necesarias para fomentar el levantamiento y para proveer de víveres al ejército; detuvo una gran cantidad de pólvora que iba para las minas de Zacatecas, y se apoderó de una buena partida de maíz que después resultó que pertenecía, en parte, á Abasolo, según éste declaró en su causa.

Quedó en San Miguel cuando el ejército siguió su marcha, y sólo salió de allí á 2-

nes de Octubre, cuando supo que Flon y Calleja se acercaban. Para evitar que su familia sufriese tropelías de los realistas, se hizo acompañar de ella y de la de su hermano Don Juan, y se incorporó al ejército independiente dos días antes de la acción de Aculco. El colegio de abogados de México, al cual pertenecía, sabedor de que uno de sus miembros se había declarado insurgente, se apresuró á borrarlo de sus listas y aprovechó la ocasión para dirigir al Virrey una bien escrita protesta contra la revolución.

Don Ignacio siguió la suerte de Allende acompañándolo á Guanajuato y Guadalajara; en esta última ciudad trató de arreglar el Gobierno independiente unido á Rayón, Chico, Avendaño y otros, y fué uno de los que contribuyeron á la publicación del "Despertador Americano," primer periódico de los insurgentes. En la hacienda del Pabellón opinó por la destitución de Hidalgo, y en el Saltillo, cuando definitivamente se resolvió el viaje á los Estados Unidos, Aldama, que ya tenía el grado de Mariscal de campo, recibió el nombramiento y las credenciales de Embajador cerca del Gobierno de Filadelfia, y las instrucciones de adelantarse para conseguir auxiliares y armamento y una favorable acogida, para lo cual se le entregó una suma considerable en barras de plata y numerario.

Gracias á las disposiciones de Jiménez, no encontraron obstáculos en su camino Aldama y su Secretario, el franciscano Salazar, y llegaron á Béjar, que ya se había pronunciado y donde gobernaba el Capitán Casas; pero la contra-revolución, organizada por el Subdiácono Zambrano, estaba muy adelantada, y al fin estalló en los primeros días de Marzo de 1811; Aldama, Salazar y sus acompañantes, fueron presos, quitándoseles el dinero y papeles que llevaban, y se les sometió á proceso. Sin embargo, acaso no hubiera sido fusilado, pues los contra-revolucionarios no tenían ideas muy firmes, y á la aproximación de los Generales tal vez habría sido dejado en libertad, pero la noticia de lo ocurrido en Bajan, unida á las órdenes del Gobernador de la provincia, hi-

cieron que su sentencia y ejecución se apresurasen; llevado á Monclova, que era la capital de aquélla, fué fusilado el 20 de Junio de 1811.

Antes de morir publicó un manifiesto "lleno de resignación y de humildad," en el que se arrepiente de su conducta, y pide perdón á todos aquellos á quienes hubiese causado algún mal. Ese manifiesto, así como otros varios, no debe verse como un signo de debilidad y cobardía, sino como la última manifestación de un creyente que va á comparecer ante la presencia de Dios y que en sus postreros momentos mide toda su pequeñez y sólo espera en la Misericordia Divina.

Don Ignacio Aldama, así como su hermano Don Juan, era vecino de San Miguel el Grande; hizo en México sus estudios de abogado y regresando á su ciudad natal, poco ejerció su profesión y se dedicó á las labores del campo, consiguiendo á fuerza de laboriosidad y honradez hacerse de un pequeño capital; su familia y la de su hermano quedaron en la orfandad, y un sobrino de ambos, también se encontró complicado en la revolución. Don Ignacio no ha sido objeto de ningún honor especial, por más que tuviera más derecho que algunos otros, para haber sido declarado benemérito de la Patria, y su sepulcro está olvidado allá en Monclova, y acaso ya no guarde los restos del abogado y caudillo insurgente.
